

La cuadratura del triángulo

AURORA SALVADOR ROSA

¡Pero si no sabemos
donde estamos!

(León Felipe, "El Emperador de los lagartos".
Del poeta maldito, México 1941-42-44).

Nos pasa a todos, tanto vamos del caño al coro y del coro al caño, y no es una disculpa. Pues, en cualquier caso, nos pasa más a nosotros que a quienes se dedican a otros saberes menos especulativos. "Nosotros" podría querer decir "los humanistas". Pero actualmente nos decimos "científicos-de-la-cultura". Y aunque la cultura como tal no sea naturaleza ni resulte comprensible examinarla desde enfoques y métodos pensados para la naturaleza, aún así, lo que no podemos es dejar de ser objetivos, como cualquier científico. Que como dice Coseriu¹, la tarea de toda ciencia es la de decir las cosas como son, y la objetividad científica es la adecuación al correspondiente objeto. Es una verdad bien simple. Y sin embargo aquí está nuestro problema. Nuestro objeto de estudio, el lenguaje humano, es cosa muy compleja. Así anda de atribulada la psicolingüística postchomskyana, abocada a decir de Pinillos² a efectuar ese "giro substancial hacia la neurofisiología", o a callar para siempre, y que hable la lógica. Los lingüistas-a-secas ya han optado por el discreto silencio ante preguntas cuya naturaleza no es, indudablemente, cultural. No es responsabilidad suya contestarlas. Pues el lenguaje no les pertenece más allá de algunas de sus dimensiones, no les atañe desde todos los puntos de vista.

¹ EUGENIO COSERIU, *Lecciones de Lingüística general*, Madrid, Gredos, 1986, pp. 68-69.

² JOSÉ LUIS PINILLOS, *Principios de psicología*, Madrid, Alianza Editorial, Duodécima reimpresión, 1986, p. 478.

Ser objetivo-hasta-el-final no implica ser capaz de abarcar todo el objeto de estudio con el mismo rigor en cada vertiente, con la misma educación de enfoque y método para cada clase de hechos que comprenda: eso sería ser omnisciente. Ni tampoco implica intentar la explicación desde el propio campo de aquello que pertenece al ajeno, aunque el objeto sea siempre uno y el mismo: eso sería ser impertinente³. Ni utilizar informaciones incompletas sobre hipótesis no probadas que se dejan oír desde el otro lado de la frontera y que cuadran con lo que nos conviene: eso sería ser charlatán. No: ser objetivo implica serlo también con las propias limitaciones de formación y de experiencia. Que es lo mismo que saber, sólo, que más allá de lo que sí sabemos, que es poco, no sabemos en realidad, nada.

Nosotros no pertenecemos, desde luego, a la clase de los omniscientes. Ojalá. A la de los impertinentes tampoco, esperamos. Querriamos pertenecer a la clase de los que no se extralimitan. Pero siempre se corre el riesgo de entusiasmarse, es cierto, y caer en lo que se deplora: la charlatanería. Intentaremos mantenernos a una distancia prudente de ella.

Mucho se ha dicho sobre el signo para que todavía se pueda añadir algo. Pero nos gustaría intentar, con este artículo, reexaminar la cuestión.

Piénsese en la definición saussureana del signo —una entidad de doble cara de carácter puramente psíquico—. Recuérdense las diversas consideraciones de variada índole y procedencia en torno a este asunto. Indudablemente no hay acuerdo. Pero sí parece estar muy extendida la idea de que, puestos a utilizar figuras geométricas, la representación esquemática del signo exigiría la aparición del triángulo. Y no hay arbitrariedad, claro, en esta clase de representaciones, sino una pretensión de iconicidad. Se escoge el triángulo porque es “naturalmente adecuado” a una idea. La de signo. Según esta idea, la realidad *signo* es tripartita. Pues todo signo consta de tres componentes esenciales. O, dicho de forma menos comprometedora, en todo proceso signico deben distinguirse tres elementos concurrentes —formen o no parte del signo propiamente dicho—. Estos elementos reciben distintos nombres, lo cual no contribuye precisamente a facilitar las cosas. Veamos⁴.

³ No es el adjetivo más adecuado para quien adopta tan incalificable actitud. Pero por eso, porque es incalificable, contengámonos.

⁴ Para elaborar la lista de nombres que recibe cada elemento del signo nos hemos basado en UMBERTO ECO y JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ:

UMBERTO ECO, *Signo*, Barcelona, Labor, 1976, p. 26.

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ, *Propiedades del lenguaje poético*, Oviedo, Publicaciones de Archivum, Universidad de Oviedo, 1975, p. 110.

ELEMENTO 1

El *significante* de Saussure, identificado por éste con la *imagen acústica*, puesto que él habla no del signo en general, sino del lingüístico en particular y lo contempla como entidad puramente psíquica. Equivaldría —hay que “traducir”, aunque dudamos de la posibilidad de hacerlo con conservación de unidades y valores— al *semainon* de los estoicos —que, no obstante, aluden con el término al signo— propiamente-dicho, a la entidad física. O el *signo* de Peirce, el *símbolo* de Ogden y Richards, el *vehículo signíco* de Morris, la *expresión* de Hjelmslev, el *representante* de Peirce —que puntualiza así eso de signo—. Ullmann también utiliza el vocablo *signo*. Guiraud dice *nombre*.

ELEMENTO 2

El *significado* de Saussure, como rebautiza el mismo, con toda intención, a lo que antes ha llamado *concepto*. Que “es” —volvemos a incurrir inevitablemente en la equiparación de lo inequivalente— el *semainomenon* de los estoicos, el *interpretante* o imagen mental de Peirce⁵, la *referencia* de Ogden y Richards, el *designatum* o *significatum* de Morris, el *contenido* de Hjelmslev, el *estado de conciencia* de Buyssens. *Interpretante* escoge también Ullmann. *Sentido*, Guiraud, como Frege. Stuart Mill ofrece *connotación* o *connotatum*. Carnap habla de *intensión*.

ELEMENTO 3

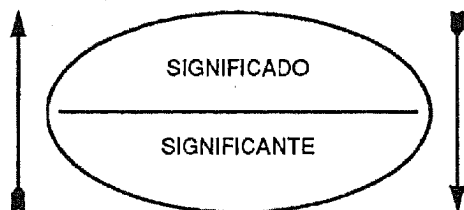
La *realidad extralingüística*, no pertinente en el análisis saussureano. El *pragma* estoico. El *objeto* de Peirce, Ullmann y Frege, al que este último llama también *significado*. El *referente* de Ogden y Richards. La *cosa nombrada* de Guiraud. La *denotación* de Russell. La *extensión* de Carnap.

No es más que una muestra. La lista podría ampliarse. Pero no es necesario. No queremos analizar lo que es el signo para cada uno de los autores mencionados, ni mucho menos, sino señalar algunas cosas.

La primera, que el signo de Saussure, precisamente el suyo, no se ajusta para nada a esquemas triangulares. En ningún momento Saussure utiliza tal representación. Es más. Utiliza, de hecho, otra, un óvalo, en el capítulo primero de la primera parte del *Curso*. En este

⁵ También a Saussure se le atribuye esto de *imagen mental*. Pero es radicalmente falso y, por demás, contrario al pensamiento saussureano. Coseriu critica a alguno de los que caen en esta falsa atribución en durísimos términos: *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos, 1981, nota de la p. 16.

capítulo introduce Saussure los términos *significante* y *significado* en lugar de *concepto* e *imagen acústica*, utilizados en el capítulo tercero de la introducción. En el esquema del circuito del habla, puestos a entrar en detalles, tampoco aparecen triángulos. Sólo dos círculos en el interior de los cuales se localiza la lengua, el sistema de signos⁶. No creemos que esto sea casual. Se ajusta, sencillamente, al pensamiento saussureano que contempla la lengua —y sus signos— en su en sí, como estructura, como totalidad. Todo lo criticable que se quiera desde la óptica del lenguaje-como-fenómeno-infinitamente -más-complejo-que-el-sistema-en-que-sustenta-su-existencia. Pero impecable en cuanto a la adecuación a su objeto, que es el que es y no el que otros han pensado —después— que hubiera debido ser. Cosa de la que Saussure parecía ser, además, plenamente consciente, por más que se diga y se repita lo contrario. Tal vez porque no se le lee con la debida atención, y sí con prejuicios —es muy curioso— nacidos de la influencia de algunos exegetas que le atribuyen cosas que no dijo jamás⁷, o le acusan de omisiones que no son olvido sino camino no escogido, en definitiva, y sí señalado al paso.



Hjelmslev tampoco parece compartir la visión triangular del signo⁸. Para él, el signo —la denotación— es la función de solidaridad entre la forma de la expresión y la forma del contenido. Entendidas ambas formas como relaciones diferenciales, capaces de seleccionar determinados aspectos de la materia —rasgos distintivos— para convertirlos en sustancias semióticamente formadas. La designación del signo opera tanto sobre la expresión como sobre el contenido. La sustancia del contenido, formada, es el sentido hacia el que, en contra del principio de isomorfismo completo entre expresión y contenido, se orienta, en su instrumentalidad, el signo. El signo, pues, como unidad puramente diferencial, como forma pura perteneciente al *esquema*

⁶ Para ser exactos, en el segundo de ellos, en el que se demuestra su carácter social.

⁷ Véase nota (5).

⁸ JOSÉ ANTONIO MARTINEZ, Op. cit. pp. 111-112. Véase.

hjelmsleviano, sería una entidad doble —igual que para Saussure—. Y como unidad material formada —considerada en otro nivel de abstracción— tampoco responde en absoluto a nuestra idea euclidiana de triángulo.

Umberto Eco⁹, invocando el buen sentido, nos propone la aceptación del triángulo "que tanta gente ya ha utilizado", como si realmente todos quienes han tocado el tema coincidieran en este reparto tripartito. Evidentemente no es que Eco ignore la existencia de otras posiciones como la de Saussure. Pero como el mismo dice "va más allá del uso común".



Y si al uso común nos atenemos, he aquí el tan mencionado esquema. Lo que importa es la figura, que suele aparecer en esta posición, aunque no faltará quien prefiera otra postura¹⁰. Escogemos, para simplificar, un solo nombre para cada componente. Sin otra razón que la costumbre, preferimos estos de *significante*, *significado* y *referente*. De momento.

Se suele admitir que la relación entre *significante* y *referente* es indirecta, lo cual se refleja en la unión de los vértices correspondientes con trazo discontinuo. Bien. En principio está bien. En cambio la relación entre el *significado* y lo demás es siempre directa. Parece que el *significado* hace de mediador entre cosas que, naturalmente, no tendrían por qué relacionarse. Estas afirmaciones no suelen provocar protestas. Se entienden bastante bien. El "buen sentido" que dice Eco, consiste en admitirlas y utilizarlas. Sin embargo, a fuerza de tanto repetir que así es la cosa, hemos llegado a dudarla. No por principio, precisamente, sino por convicción razonablemente fundada. Al fin y al cabo no se trata de ningún axioma. Y el fundamento de nuestra duda es

⁹ UMBERTO ECO, op. cit. pp. 24-27.

¹⁰ Como ocurre con los triángulos vocálicos. Véase GREGORIO SALVADOR, "Unidades fonológicas vocálicas en andaluz oriental", *Estudios dialectológicos*, Madrid, Paraninfo, 1987, p. 82. Claro que en caso de los triángulos significativos no hay razones fisiológicas para voltear el triángulo.

sencillamente el problema, la pregunta sin respuesta que surge con frecuencia y requiere volver a la base para su aclaración. Por eso, cuando se trata de cuestiones tan elementales, importa que los principios estén claros.

En lingüística —sea cual sea nuestra particular secta— partimos siempre de nuestra concepción del signo. Bien sea para aceptar o rechazar cualquiera de sus componentes como pertinente o no pertinente en el análisis —pero eso no excluye para nada el reconocimiento de que, efectivamente, en cualquier mensaje realizamos una significación—. Nuestra posición ante la Semiología suele ser más saussureana que barthesiana, confesada o inconfesadamente¹¹. Es decir, entendemos los lenguajes desde la lengua, y el signo desde el signo lingüístico. Pero somos capaces de darnos cuenta de que lo que planteamos desde nuestro concreto campo de exploración va mucho más allá de éste.

Todo lo que se va a decir a continuación se ha pensado “por culpa” del signo lingüístico. Sin embargo no razonaremos desde el signo lingüístico, sino más bien hacia él.

Veamos.

Queremos mostrar¹² que el esquema de la significación no debe ser triangular, por diversas razones, entre otras las didácticas. El triángulo deja demasiados cabos sueltos. Por ejemplo:

—No se sabe si el referente forma parte del signo.

—No se sabe si el significante es materialización perceptible de la idea o idea de la materialización perceptible.

—El trazo discontinuo entre significante y referente, requiere más explicaciones. Pues si el significante es materialización perceptible ¿no pertenece a un mismo orden de cosas que el referente? Y si no lo es ¿por qué hablamos de expresión?

—El significado ¿qué es exactamente? ¿Por qué puede relacionarse con el referente?

—¿El signo es psíquico o es psico-físico?

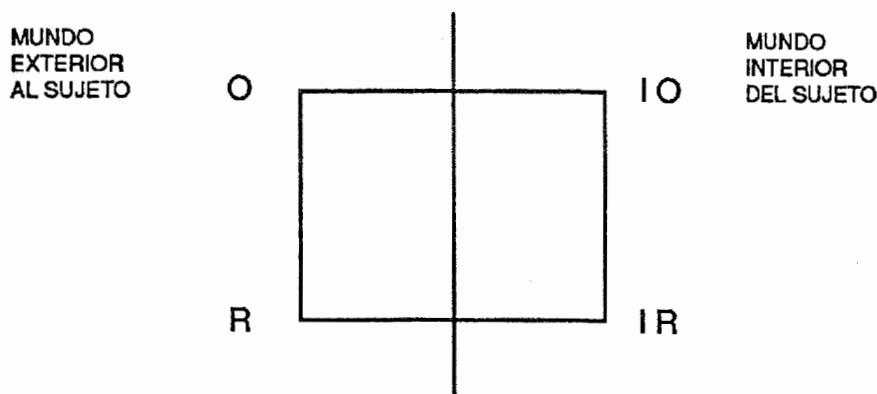
Todas estas preguntas, al menos, pueden contestarse, creemos, si consideramos lo que sigue:

El signo es una entidad cuádruple, nacida del acercamiento de cuatro cosas diferentes: un objeto O., una representación de dicho objeto R., una idea del objeto I.O. y una idea de la representación I.R.

¹¹ Véase UMBERTO ECO, *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen, 1978, p. 13. No hay intención, por nuestra parte cuando utilizamos el término de *semiología* y no el de *semiótica*.

¹² Sólo mostrar, porque demostrar queda fuera de nuestro alcance. Nuestro razonamiento es teórico e interpretativo.

En esquema:



¿Forman, realmente, parte del signo, estas cuatro cosas?

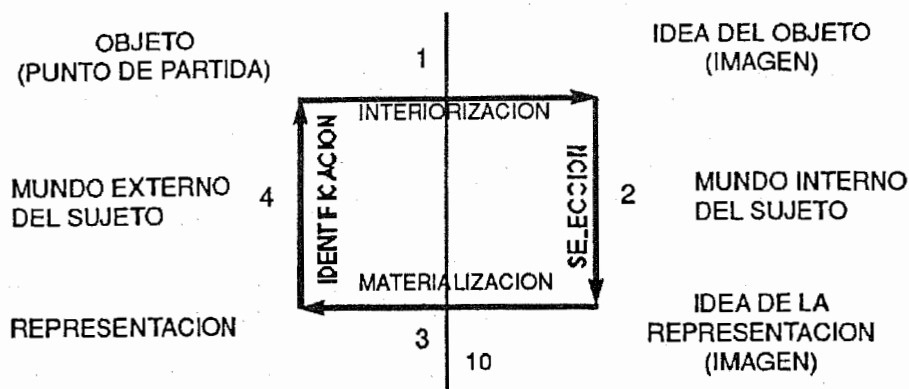
Todo depende de lo que entendamos por "formar parte".

Desde el punto de vista genético sí, sin la menor duda. Son imprescindibles, aunque los pasos para la constitución del signo no sigan siempre un mismo orden, ni todos los llamados signos obedezcan a una misma razón de ser. Nos parece necesario distinguir desde el principio entre los signos icónicos —motivados en la semejanza— y los signos simbólicos —motivados en la asociación¹²—.

Examinemos el proceso de constitución de un signo icónico en el orden más lógico. Lógico en el sentido, claro, de los orígenes, de la "fundación" del signo icónico como tal. Nos estamos preguntando cómo pudo nacer el primer signo icónico. Para ello necesitamos imaginar un mundo en el que todo es inmediato. No hay en él otro momento que el presente ni otra cosa que la que se percibe. Sea, en este mundo, el hombre —o quien haya de serlo un día— en condiciones, ya, de dar el más prodigioso de los saltos. Y sean, también, los objetos previsibles en tan natural marco. Tales objetos existen, están ahí, y ahí se le manifiestan al sujeto naciente, que es capaz de reconocerlos y usarlos sin llegar a planteárselos, porque no trascienden su propia e instantánea utilidad. Puede que todo empezara por culpa de un exceso de pericia en el difícil arte de la subsistencia. Para que el hombre descubriera el aburrimiento tuvo que descubrir antes el vacío en el tiempo, tal vez el tiempo mismo ("Y ahora ¿qué hago?", se hubiera preguntado si hubiera podido preguntárselo. "Voy a convertirme, yo

¹² Sabemos bien que "símbolo" es término que puede utilizarse con un sentido opuesto al empleado por nosotros, y que hasta el mismo SAUSSURE tropezó con esta dificultad: *Curso de lingüística general*, Madrid, Akal, 1980, p. 105. Creemos poder salvar el problema aclarando, sencillamente, nuestro uso del término y aceptando de antemano cualquier objeción.

mismo en creador" —tal debió ser el propósito, no formulado pero —¿qué importa eso? —determinante). Un buen día, entonces, el hombre se pone a imaginar objetos y a reproducirlos imitándolos. Se trata, claro, de objetos unitarios en virtud de una serie de caracteres como, por ejemplo, tener una corporeidad física delimitable en el espacio con todo lo que ello implica¹⁴. El objeto es percibido —como hasta ahora— pero no es olvidado —esto es nuevo—. Su imagen perdura en la memoria cuando la percepción cesa. Tanto perdura que llega a convertirse en algo que aparece, si se quiere, con la claridad suficiente como para poder trabajar con ello. Así se va a hacer. A partir de la idea del objeto, y de la firme vocación creativa de la especie, llegaremos a la representación. Para ello hará falta seleccionar aquellos rasgos que, según la clase de reproducción escogida, resulte esencial plasmar en la copia. Y, por fin, ésta: el icono, aún no el signo. Para que llegue a serlo deberá socializarse, convencionalizarse y, sobre todo, usarse para comunicar.



La única posibilidad que ofrecería el esquema para "triangularizarse" sería que las dos ideas, la del objeto y la de su representación, fueran idénticas. Cuanto mayor sea la fidelidad de reproducción, menor será la distancia entre la idea del objeto y la de su representación. Si la distancia tiende a cero —porque la copia es igual que su modelo— no harán realmente falta dos imágenes, sino una sola. Pero un icono tan bien copiado es imposible cuando el objeto-punto-de-partida es un objeto natural. Y se supone que, por el momento, de objetos naturales se trata precisamente. Tiempo habrá para el artificio y la reproducción en serie.

Algunas observaciones sobre todo esto:

¹⁴ No es realmente necesaria tanta materialidad. Basta con la condición de ser perceptible a través de cualquiera de los sentidos. Tampoco es necesario que el objeto sea una "cosa". Puede ser una situación. Pero es más fácil así.

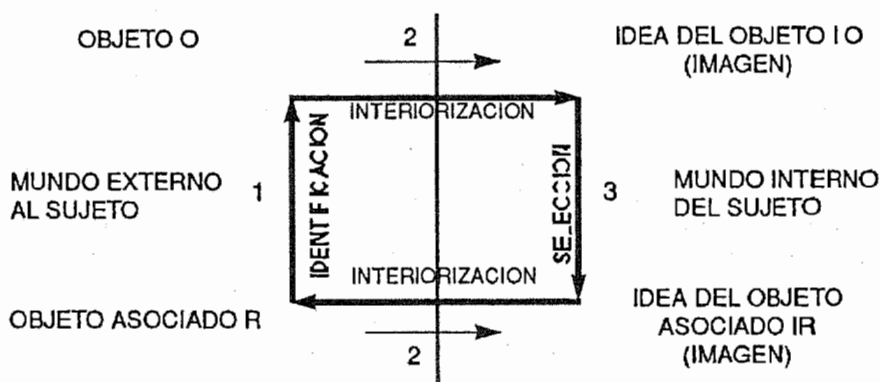
1. El signo llamado icónico nace, probablemente, por razones que van mucho más allá de la comunicación. Un icono es siempre representación, es siempre imitación, pero no siempre es signo. 2. La idea, en el proceso del iconismo, es siempre imagen.

Hechas estas dos observaciones nos importa ahora señalar que, una vez ejercitado en el "arte icónico", el hombre puede alterar el proceso. El punto de partida puede dejar de ser el objeto real y tangible del mundo exterior. Una idea de algo nunca visto —imaginado sólo— podrá engendrar representaciones. Tales representaciones, una vez realizadas, podrán inducir a la creencia colectiva de que ha habido modelo objetivo donde sólo hubo modelo subjetivo. De manera que el mundo, hasta este momento sencillo, habrá emprendido el camino de la dificultad.

Pero dejemos de lado el signo icónico. Pensemos en los otros signos. Pensemos en los símbolos. No hay ninguna razón para suponer la anterioridad genética del icono sobre el símbolo. Y no la suponemos. Para nosotros ambos tipos de signo nacen y se complican paralelamente.

Volvamos a nuestro salvaje marco natural de antes. Era el hombre y eran los objetos.

Supongamos que un objeto O aparece en la vida cotidiana, asociado siempre a otro objeto R¹⁵. Supongamos que este último, R, es de carácter simple, en el sentido de que su materia sensible se manifiesta en un solo campo perceptivo. Supongamos más, R es un sonido que aparece cuando aparece O¹⁶. La experiencia perceptiva de O incluye a R. Cuando aparece la idea de O —en principio su imagen— aparece también la idea —la imagen— de R.



¹⁵ Utilizamos la R para el objeto asociado porque conocemos de antemano el final del proceso. Pero R sólo será representación al final. De momento es futura representación. Deberíamos utilizar O.A. Pero queremos simplificar.

¹⁶ Inevitablemente pensamos en el signo lingüístico y no en otros símbolos cuando se trata de imaginar una situación concreta.

Las dos ideas —la del objeto y la del objeto asociado— son cosas diferentes aunque sean, ambas, imágenes. Lo que ocurre es que son simultáneas, se asimilan conjuntamente, como si formaran parte de una unidad. El momento clave en este proceso es aquel en que la imagen mental del objeto deja de ser necesaria. Esto ocurre porque la imagen del objeto asociado R pasa a desempeñar, por sí sola, el papel que ambas componían. Es decir, el hombre se queda con el extremo del hilo, lo cual le facilita enormemente la operatividad de eso que está construyendo y va a llegar a convertirse en unidad, no ya de la comunicación sino del pensamiento mismo. Y así entra en el simbolismo: prescinde de la repetición, se basa en la asociación, en la simultaneidad y en la metonimia¹⁷. Una cosa sencilla. Pero extraordinariamente útil.

Existe discrepancia entre quienes defienden el carácter imaginativo del signo frente a quienes sostienen su carácter nocional. En el caso del signo icónico ya hemos visto cómo es la cosa. Y en el caso del signo simbólico nos parece que está también muy clara. ¿Acaso no se trata de pasos sucesivos? En el primer momento del proceso hay dos imágenes. En el segundo, una sola: máxima economía, porque es la más "fácil". Y además materializable a voluntad de usuario. Pero en cualquier caso hay conservación de imagen. De una. La acústica, en el caso del signo lingüístico. Que contiene implícitamente a la otra —no hay por qué desterrarla, pero tampoco es necesario recurrir a ella—. Se puede pensar sin recurrir a ella. Y esto es todo un logro. Consigue la aceleración de los procesos mentales. Y, seguramente, a la larga, el nacimiento de una lógica transferible: la del razonamiento humano. Claro que esto requerirá mucho tiempo y muchos pasos más todavía no dados¹⁸.

Este proceso que acabamos de sugerir, puede, como en el caso del signo icónico, invertirse. Puede ser antes la idea del objeto que el objeto mismo. Mucho mejor aún cuando nos centramos en el signo lingüístico: el verbo se hace carne y habita entre nosotros. Pues sólo los primeros signos dependen estrictamente de la estructura de la realidad y se limitan a designarla cosa por cosa. La ilimitada potencia de los signos sobrepasa la realidad anterior a ellos. Crea otra clase de realidad y la conforma. Todo cuanto pueda ser pensado, todo objeto de la experiencia humana —sensible o no— puede convertirse en signo. Es más, el único rasgo común a todas las cosas no proviene de ellas mismas, sino del sujeto que las siente, fuera o dentro de sí. Y ese rasgo es el que puede

¹⁷ Siempre se ha identificado *significado* con *contenido*, aunque el primero esté, para COSERIU, incluido en el segundo junto a *designación* y *sentido*: *Gramática, semántica, universales*, Madrid, Gredos, 1978, pp. 134-136. Si de *contenido* y "*continente*" se trata, es fácil pensar en "juegos metonímicos".

¹⁸ Nada menos que los que conducirán a la formación del sistema lingüístico.

asociarse a los que ya contienen. Una superposición que consigue incluir en una misma clase de objetos (!) a todo lo existente¹⁹. Y al mismo tiempo que común, adopta este rasgo una forma diferente y exclusiva para cada cosa²⁰.

Tanto en el caso del signo icónico como en el caso del simbólico, el paso de la idea del objeto a la idea de la representación es esencial. La idea del objeto es resultado de la experiencia sobre individuos particulares e irrepetibles que manifiestan un modo general de ser —su propia universalidad—. Al esquematizar tal idea seleccionando sus rasgos esenciales —caso de signo icónico— o al incluirla como contenido no explícito en otra idea asociada —caso del signo simbólico— estamos convirtiendo en forma la sustancia. Y no estamos construyendo conceptos sobre abstracciones, pues la abstracción es siempre resultado de experiencias múltiples sobre individuos de una misma clase, que se cotejan previamente, (o sea, antes de definirse como “de una misma clase”). Construimos los conceptos mediante la intuición de lo que es esencial y definitorio en ellos a partir de una experiencia única que queda registrada en nosotros como unitaria y diferente. Y a partir de esta intuición —sólo entonces— puede pensarse en la posibilidad de comparar. Pues no hay comparación sin base de comparación y términos de la comparación. Y para saber qué términos deben compararse hay que partir del reconocimiento previo de su adscripción a una misma universalidad —intuida desde cada uno de ellos—²¹. La creación de los signos —y de los conceptos por tanto— implica el registro —el procesamiento, si se quiere— de la experiencia. Y garantiza su perdurabilidad. Antes del signo toda experiencia es ocasional. Después del signo es permanente. Queda incorporada y “lista para su posterior utilización”. Con cada signo fundamos una clase de objetos, a partir de un individuo. Con cada comprobación de otros individuos en esta misma clase apuntalamos nuestra intuición previa de lo universal, y sólo ahora estamos en condiciones de abstraer y de generalizar.

Una pregunta más. ¿Por qué se defiende el carácter nocional y no imaginativo del signo? ¿Qué es una noción? ¿Se excluyen mutuamente imágenes y nociones? Pues ya hemos visto que no. En el signo icónico siempre trabajamos con imágenes. Lo que ocurre es que la segunda, la de la representación, es tanto más “nocional” cuantos menos rasgos de sustancia de la primera “se aprovechen”. En el signo simbólico utilizamos, como hemos visto, sólo una imagen que desempeña el papel del todo. De manera que, entendida ésta como máxima esquematización, hemos de reconocer que es más nocional. Se requiere un mayor grado de entendimiento del objeto para poder alejarse tanto de él.

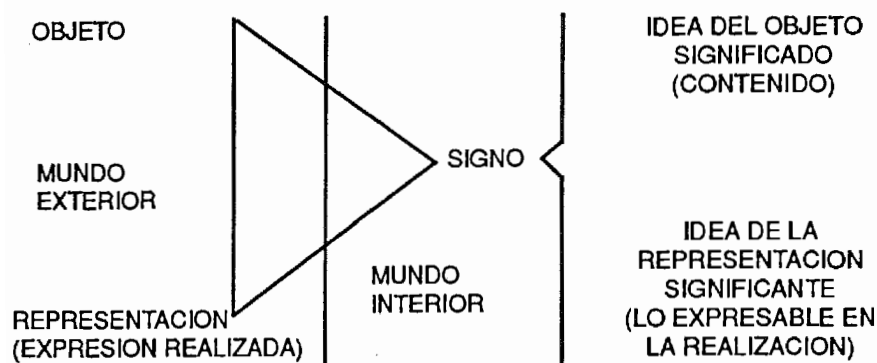
¹⁹ Excepto lo inefable.

²⁰ Entonces no habría seguramente homonimia ni polisemia ni nada de eso.

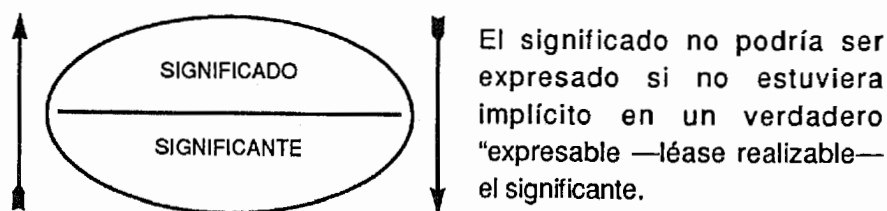
²¹ Sobre todo esto véase COSERIU “Lecciones de lingüística general”, pp. 53-56.

LA CUADRATURA DEL TRIANGULO

La pregunta que surge después de este desarrollo es casi obvia. Pero ¿no acabamos, de todas maneras, en el triángulo? ¿No es esto lo que ocurre, al menos, en el caso del signo simbólico? Podríamos conceder que sí. Pero un triángulo bien distinto del que propone la tradición semiótica. Un triángulo con el signo saussureano en uno de sus vértices.

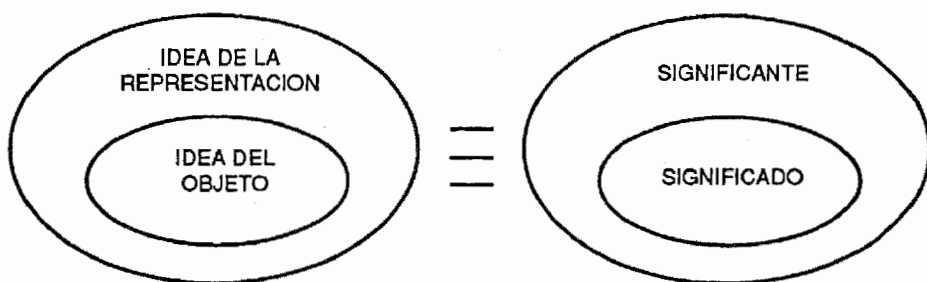


El verdadero significante de Saussure no es la representación material sino la idea de ella, la imagen acústica. Puesto que, para él, el signo es puramente psíquico. La representación no es hecho de lengua sino producto de ella, realización, "parole". Por ello hablamos desde el título mismo de este artículo de cuadratura del triángulo y no de cuadratura del círculo, que hubiera resultado mucho mejor, porque para cuadraturas, la del círculo (de toda la vida), Pero el círculo de Saussure mantiene su circularidad y su vigencia. Nosotros nos limitamos a analizar el signo como hecho-de-conciencia-en-relación-con-la-realidad-externa-a-ella. Sin poner para nada en tela de juicio lo que dice Saussure. Pues contemplado el signo como elemento de código es necesario señalar sus facetas como si efectivamente se pudieran separar.



De otra manera no habría código que pudiera organizarse en sistema. No habría posibilidad de distinguir plano de la expresión (o, si queremos coherencia, plano de "lo expresable") y plano del contenido. No estaríamos bien colocados ante nuestro objeto, porque no podríamos ver en él lo que nos interesa: la función de solidaridad entre los planos. Su carácter formal. Su realización sustancial. Y todo lo demás. El íntimo mecanismo de la lengua.

Contemplado el signo, en cambio, como hecho de conciencia, perspectiva particularmente interesante para quien se dedique a la didáctica de la lengua y, especialmente, al problema de la adquisición del lenguaje, hemos tenido que examinarlo de otra manera: como puente entre el hombre y el mundo. Como pieza clave de nuestro pensamiento. Como elemento de los procesos mentales. Lo que nos lleva a transformar el esquema circular de Saussure en este otro.



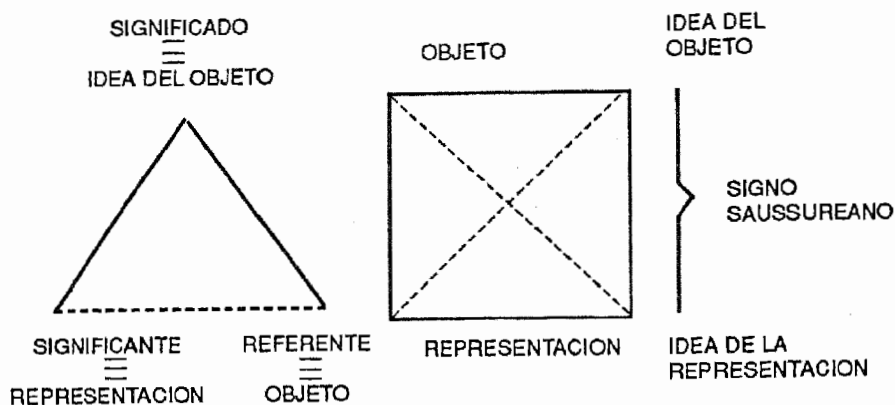
Así vemos el signo saussureano desde la perspectiva elegida. El significante asume al significado, y gracias a ello es posible el concepto como hecho puramente nocional. Lo cual no nos impide, cuando queremos, analizar cada una de las nociones registradas, recuperando para la conciencia todo lo que cada uno de nuestros signos lleva detrás.

Pero la lengua se queda en lo nocional, formal y codificado. El concepto es un haz de rasgos que se identifica porque no se confunde con otros conceptos, porque ocupa una determinada posición, en su plano, que ningún otro concepto ocupa. Y, principalmente porque su "recipiente", la imagen acústica a él asociada, es suya en exclusiva: no hace falta buscarle otras diferencias para poder utilizarlo eficazmente en la comunicación.

Nacido el primer repertorio de signos verbales el temperamento, por una parte económico y por otra analítico, de la especie, da lugar al sistema. Un sistema orgánico en el que los signos se especializan. Se dividen, el "trabajo" y, claro, así nacen las clases y las categorías, así como las relaciones en el "hacer" y en el "estar". Pero esta es otra historia que aquí no cabe ya.

Una última comparación entre nuestro cuadrado y el triángulo de la significación, con las equivalencias señaladas.

LA CUADRATURA DEL TRIANGULO



Y unas últimas observaciones. Nuestro cuadrado contiene todos los elementos del triángulo. Pero es, además perfectamente conciliable con Saussure y hasta con Hjelmslev. En nuestro cuadrado queda muy bien separado lo mental subjetivo de lo externo objetivo. El signo, como unidad del sistema lingüístico, es sólo mental. Como realidad mental queda situado a la derecha del cuadrado. El signo, como objeto social de uso e intercambio, exige realización y relación con la realidad extralingüística. Esto queda también recogido en el esquema. No sólo el lenguaje es sistema y realización: también el signo. Tanto es así que el saber originario e intuitivo de la gente identifica el término *signo* con *representación*. Sin más. De ahí la confusión sobre el carácter del significante que se manifiesta, incluso, en el triángulo. Porque si verdaderamente se piensa que el significante es material ¿cómo puede relacionarse directamente con el significado? No hay más razón para que así sea que la que habría para que también lo hicieran significante y referente. Al contrario. Hay menos razón aún, porque son elementos que operan no ya en planos diferentes sino en distintos órdenes de realidad. Pero en el cuadrado todo queda aclarado. Todos los elementos mantienen relación directa con los de los vértices adyacentes. Si por directa entendemos "que no necesita de la mediación de otro elemento". Lo que ocurre es que la realidad a la izquierda del cuadrado es distinta de la que queda a su derecha.

Una pregunta que se nos podría hacer. ¿Dónde se sitúan, según esto, el plano de la expresión y el del contenido? ¿También a la izquierda y a la derecha, respectivamente? La respuesta es tajante. No. ¿Arriba y abajo entonces? Tampoco. Lo que llamamos contenido en lingüística incluye tan sólo las ideas de los objetos: es realidad exclusivamente mental. Afecta sólo al vértice superior derecho. Lo que llamamos expresión incluye tanto la idea de la representación —imagen acústica— como la representación misma —realización sustancial y

sonora de la imagen—. Lo que ocurre es que un término como expresión induce a creer que nos referimos con él a lo material resultante. De ahí la confusión que tal término genera. Pues lo verdaderamente sistemático en el plano de la expresión es mental, es formal, es, en definitiva, lengua, por más que pueda realizarse en el hablar. Considerado el signo como objeto comunicativo, el plano de la expresión afecta a los dos vértices —izquierdo y derecho— del cuadrado. Pensado como elemento del sistema mental, afectaría sólo al vértice inferior derecho. ¿Una falta de simetría? Pues sí. Pero si el objeto pudiera funcionar como contenido de la representación, así, directamente, sería innecesario el signo. Es evidente, en cualquier caso, que al final del proceso al objeto volvemos nuestra mirada. Nuestro objeto —esperemos que no oscuro objeto— es el signo. Si efectivamente, mirándolo despacio, encuentra quien lea esto que lo que hemos dicho *puede ser*, nuestra esperanza se habrá cumplido: no nos habremos extralimitado. Si piensa que era innecesario decirlo, por lo simple, que disculpe el tiempo perdido. Si le ha parecido puro ejercicio verbal, entonces sí que lo lamentamos. Nuestra intención no era, desde luego, hacer ejercicios verbales. Pero si algo le ha sugerido, por poco que sea, habremos logrado lo que pretendíamos: nos habremos acercado al signo, sin extraviarnos por el camino. A pesar de haber dado tantas vueltas, de habernos columpiado, de haber ido y venido del caño al coro y del coro al caño, ¡sabremos dónde estamos!

RESUMEN

El signo es una entidad cuádruple en su génesis. Nace del acercamiento de cuatro cosas diferentes: un objeto, una representación de dicho objeto, una idea del objeto y una idea de la representación. El esquema de la significación no debe ser triangular, sino cuadrado. Proponemos este esquema, que entre otras ventajas presenta la de ofrecer una idea del signo como objeto de uso e intercambio, al mismo tiempo que elemento de un sistema mental.

SUMMARY

The sign is a quadruple entity in its genesis. It is born from the drawing near of four different things: an object, a representation of this object, an idea of the object and an idea of the representation of the object. The scheme of the meaning should not be triangular but squared. We propose this scheme which, amongst other advantages, offers the idea of the sign as an object of use and exchange as well as a component of a mental system.

RESUME

Le signe est une entité quadruple dans sa genèse. Il naît du rapprochement de quatre choses différentes: l'objet, la représentation de cet objet, l'idée de cet objet et l'idée de sa représentation. Le schéma de la signification ne doit pas être triangulaire mais carré. Nous proposons ce schéma qui, entre autres avantages, présente une idée du signe comme objet d'usage et d'échange ainsi que comme élément du système mental.